

CRÍTICA

HIJA MÍA

Carlo Greppi

**Vida de Franca Jarach,
desaparecida**



A LA VENTA EL 18 DE FEBRERO

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspás (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980/ easpas@planeta.es

SINOPSIS

En el 50 aniversario del golpe de estado en Argentina, Carlo Greppi reconstruye una vida rota por la dictadura.

Franca Jarach desapareció a los dieciocho años en Buenos Aires y se convirtió en uno de los miles de desaparecidos de la dictadura militar argentina. ¿Quién era ella y qué le pasó?

Cuando fue secuestrada el 25 de junio de 1976, Franca vivía una vida apacible con sus padres, Vera y Giorgio, judíos italianos refugiados tras las leyes raciales. Era una estudiante brillante, hija única de una familia culta, escribía poesía, tocaba música y pintaba. **Trabajaba como diseñadora gráfica, quería ser profesora y estaba involucrada en política. Pero participar en política en la América Latina del Plan Cóndor podía significar una sentencia de muerte.** Bastaba con un libro, una canción o un susurro bajo tortura, la oposición era perseguida y eliminada sistemáticamente sin dejar ni rastro. Y ese fue el destino de Franca, una historia más de los 30.000 desaparecidos tras el golpe militar de Argentina de 1976.

Carlo Greppi reconstruye meticulosamente la corta vida de Franca a través de fotografías, documentos, cartas y entrevistas. Y también nos cuenta la historia de Vera: una madre valiente que convirtió su búsqueda de la verdad en una lucha colectiva junto con las Madres de Plaza de Mayo que reclamaban justicia para todos los desaparecidos. Después de siete años de investigaciones, pistas falsas, llamadas de chantaje y apelaciones, un primer atisbo de verdad la llevaría, con los años, a juntar todas las piezas para descubrir qué le pasó a su hija Franca.

EL AUTOR



Carlo Greppi (1982), es historiador, se doctoró en la Universidad de Turín. Es autor de numerosos ensayos sobre la historia del siglo XX, entre los que destacan *Il buon tedesco* (2021) —galardonado con el Premio FiuggiStoria 2021 y el Premio Giacomo Matteotti 2022— y *El hombre que salvó a Primo Levi* (Crítica, 2023) —galardonado con el Premio TIR-The Italian Review 2023 y el Premio Città di Ceglie Messapica 2024—, traducido a seis idiomas y publicado en diez países. La edición en italiano de *Hija mía. Vida de Franca Jarach, desaparecida* ganó el Premio Speciale del Premio Mondello 2025.

ALGUNOS EXTRACTOS

El último minuto de la vida de Franca

«Si te precipitas desde una altitud de cuatro mil metros, tendrás por delante algo más de sesenta segundos. Sesenta y ocho, para ser exactos. Ese es el último minuto de tu vida. Un tiempo eterno o un abrir y cerrar de ojos en la historia de la humanidad: todo depende de la perspectiva. Tres mil quinientos metros sobre la superficie del globo terráqueo. Y eso, si es que de verdad os lanzaban desde cuatro mil metros, como sostuvo casi veinte años más tarde Adolfo Scilingo, ex capitán de corbeta de la Armada Argentina, haciendo unos cálculos tal vez aproximados. Puede que algún día alguien intente averiguar desde qué altitud precisa caíste y tenga en cuenta también el impacto posterior. [...] Pero será un ejercicio inútil, como ha demostrado implícitamente, después de casi medio siglo, **Luis Bernardo Fondebrider, uno de los fundadores del Equipo Argentino de Antropología Forense, que a lo largo de unos cuarenta años ha localizado en diferentes regiones del país mil doscientos cadáveres, de los que, en la fecha en la que escribo estas líneas, ha conseguido identificar seiscientos veinte.** Y será inútil porque, una vez superados los cuarenta o cincuenta metros, resulta muy difícil determinar la altitud desde la que está cayendo o ha caído un ser humano: en el momento del impacto, los huesos se rompen del mismo modo, y aunque el golpe se produzca contra el agua, esta no tiene tiempo de fluir bajo el peso del cuerpo que se estrella contra su superficie, así que ofrece la misma resistencia que un sólido.»

«En las condiciones en las que te encuentras no sabes ni qué día es, aunque probablemente estemos a miércoles. Cada miércoles, de hecho, sois quince o veinte: así lo confesó en los años noventa Scilingo, que durante una entrevista concedida al periodista Horacio Verbitsky rompió el muro de silencio. **El aeroplano partió de Buenos Aires, puso rumbo a Punta Indio, a ciento cincuenta kilómetros de distancia, y desde allí se dirigió a alta mar. Tal vez. Horroriza escribirlo, pero, casi con toda seguridad, estás desnuda, y casi con toda seguridad te encuentras inconsciente,** porque el Pentothal —o “Pentonaval”, en la jerga de los asesinos— actúa alterando la capacidad de percibir lo que ocurre alrededor, e incluso llega a anularla cuando se aplica en dosis altas. Si tu mirada es capaz de captar algo, entonces verás por última vez el tono marrón del fondo de las aguas del Río de la Plata, que desembocan en el mismo trozo de océano —un mar inmóvil, semejante a una lámina azul de hielo— que yo, cuarenta y siete años más tarde, estoy observando ahora. Mientras vuelo. [...] La imaginación ahora retrocede, el rechazo es categórico: **este mar que une, que supo convertirse en puente para tu madre, Vera, y para tu padre, Giorgio, y también para otros miles de exiliados treinta y siete años antes de esta caída tuya y dieciocho años antes de tu llegada a este mundo, es un mar que engulle —es un mar que mata—.** [...] Es la humanidad que blasfema

contra sí misma. Así lo dijo tu madre, Vera [...]: “El mar es una enorme tumba en la que acabaron miles de personas». A continuación, lanzó una flor al agua de ese tramo del Río de la Plata al que se asoma el Parque de la Memoria, justo antes de dirigir sus pasos hacia el Atlántico Sur y repetir: “¡Treinta mil compañeros desaparecidos presentes, ahora y siempre!”. **Aún sigue utilizando esa fórmula contigo: “Se llama, lo digo en presente, Franca”. ¿Qué queda de ti, Franca, en este mar, en este presente? ¿Qué queda de esta historia?»**

Una existencia suspendida

«Esta es una historia de padres y madres desesperados por la suerte que corrieron sus hijos. Con frecuencia, sus hijos. Es una historia de madres y también de padres. De abuelas y también de abuelos. [...] Esta es la historia de un crimen difícil de prever antes de que se cometiese y difícil de comprender después, y es la historia de su memoria, de la infinita e infatigable lucha para evitar que caiga en el olvido.»

«Hoy —escribo en marzo de 2023— Franca Jarach tendría sesenta y cinco años. Eso, si no hubiese desaparecido. O tal vez precisamente porque desapareció: no está ni muerta ni viva. Es una realidad paralela: en internet se asegura que Franca tiene hoy sesenta y cinco años. El algoritmo es despiadado, como lo fue la Junta Militar: hoy en día, la red no ve la muerte de Franca.»

Los Jarach llegan a Argentina

«En 1939, los padres de Franca, “refugiados políticos”, según el lenguaje de su época, consiguieron al mismo tiempo —aunque sin saber aún nada el uno del otro— colarse por la alambrada de un mundo cerrado que había dado sistemáticamente con la puerta en las narices a los judíos que huían de las persecuciones. Pero no ocurrió lo mismo en Argentina, donde Vera y Giorgio llegaron en marzo, a menos de seis meses del estallido de la Segunda Guerra Mundial, y se sumaron así a las filas de los miles de judíos italianos que encontraron refugio al otro lado del Atlántico. [...] La segunda generación, de la que forma parte Franca, crece “a medio camino” entre Italia y Argentina, entre hijos o descendientes de italianos, españoles, alemanes, polacos... que son, todos ellos y ellas, argentinos.»

La hija deseada

«La han buscado y la han deseado tanto... Han pasado mucho tiempo intentando tener un hijo, sin éxito. Pero, a las puertas del verano austral de 1957, Vera, de veintinueve años, se encuentra al fin en un estado muy avanzado de su embarazo. Después de nueve años de matrimonio, los Jarach se preparan para recibir a su tan anhelada hija.»

Compromiso político

«Tiene entonces quince años y medio y en apenas unas semanas —de mediados de 1973 a finales de ese mismo año—, la militancia empieza a colarse en sus pensamientos. El crecimiento es repentino. Drástico, diría yo incluso, como demuestra la aparición de un adverbio (“políticamente”) en las cartas que envía cada cierto tiempo a la profesora Orecchia para ponerla al día; mensajes escritos a mano en negro, rosa, azul y celeste sobre blanco. **Su creciente activismo, en cualquier caso, no afecta en lo más mínimo a sus resultados académicos:** Esther Barreiro, la responsable del archivo del Colegio, me confirma que su rendimiento es increíblemente bueno. La sucesión de notas a finales del tercer curso es aún más impresionante que la anterior: la media, de 9,43, es el resultado de unas calificaciones que siempre se mantienen entre el 9 (en Física) y el 10 (en Latín). **Sigue con la intención de convertirse en maestra** —empieza ya a dar sus primeros pinitos en este sentido— y amplía sus referencias literarias y plásticas, que comparte con esa profesora que se encuentra a más de once mil kilómetros de distancia.»

«Me impactó del principio Franca —recuerda Diana en *El futuro es nuestro*—. [...] **Era una persona muy activa políticamente. Hablaba en las asambleas y sabía lo que decir y en qué momento decirlo y cómo decirlo, con lo cual la gente la escuchaba mucho**, gente que era absolutamente apolítica, por ejemplo, la división [la clase], siempre la votaba de delegada. Poco común en esa edad. Y esto a mí me admiraba mucho en ella.»

«Estamos a 12 de septiembre de 1973, el día de su “bautismo” político, como recuerdan varios de sus amigos y amigas que vivieron con ella esa iniciativa “inolvidable” y sobre los que flotaba una gran “angustia”, según la memoria de Corina, en la que cada vez indaga más. **«Por primera vez sentía la emoción de estar en medio de una marcha multitudinaria, todos con los mismos ideales de libertad y democracia»**, escribiría Gerardo, refiriéndose a aquellas mismas horas, en *Una historia de amistad*.»

«Mientras tanto, el 11 de diciembre de 1974, Garda se ve obligado a comunicarle a Franca que ha vuelto a ser elegida como primera escolta de la bandera por su “aplicación y conducta”, etc., etc. **En la vida de Franca, ser la mejor es casi un automatismo.** Sin embargo, empieza a molestarle claramente el aspecto individualista y competitivo de estos éxitos, como contaría Aragón. En el boletín de notas, a diferencia de lo sucedido en los tres cursos anteriores, su conducta ya no se califica de “buena”, sino de “mala”. **Sea como fuere, Franca ha decidido dedicar sus energías íntegramente —o casi— a la militancia. La presencia de la Triple A y del aparato represor mediante el que se mueve en la sombra es cada vez más invasiva e indiscriminada.**»

«**“Se comunica a la población que, a partir del día de la fecha, el país se encuentra bajo el control operacional de la Junta Militar”**, anuncian estridentemente las televisiones y las radios de la República Argentina pocos minutos antes de la medianoche del miércoles 24 de marzo de 1976.»

«Cuando Argentina se vuelve a convertir en una dictadura, tanto el padre como la madre tratan por todos los medios de convencer a Franca para que se marche. “Nuestra militancia política empezó a ser progresivamente cada vez más clandestina”: Enrique Vázquez reconstruye los hechos en *El futuro es nuestro*. **Los lugares de encuentro tienen que modificarse cada vez con más frecuencia y, dada la posibilidad concreta “de ser secuestrado, ser torturado”**, insiste, es mejor no conocer los nombres de los compañeros de militancia ni dejar nada por escrito: hay que destruir las pruebas, prepararse para resistir si se cae en las manos de una patota de asesinos. “Ya estaba en la calle la Triple A, y éramos conscientes del peligro”, me confiesa Corina, y más tarde añade: “Al poco tiempo se fue complicando la militancia, ya que se radicalizaron las posiciones y yo decidí salir de la militancia”.»

«[...]Franca le muestra un polvo blanquecino, “clorato de potasio”, que sirve “para hacer molos”. “¿Bombas molotov?”. “Sí, tontito —responde Franca riendo y dándole un beso en la mejilla—. ¡A veces me encanta que seas tan inocente!”. A continuación, suelta un largo monólogo en el que le confiesa que jamás ha usado ningún material explosivo ni tampoco armas, y que espera no tener que utilizarlos, y que confía en que los cócteles molotov servirán simplemente para hacer un poco de ruido: “**No soy una guerrillera, así que no te asustes**”, le pide, pero a continuación sostiene que es “muy lógico” responder con violencia a la represión ilegal: “**Creo que en estas circunstancias la lucha armada es una opción válida, pero no es la que yo, personalmente, quiero seguir**”.»

«Norma Berti, antigua presa política, autora del libro *Donne ai tempi dell’oscurità* y gran amiga de su madre, a la que ha acompañado centenares de veces en encuentros públicos por toda Italia, me aconsejó, pocos días antes de mi partida hacia Buenos Aires, que me preguntara si a Franca le gustaría la manera en la que escribo acerca de ella. Porque la suya fue “la generación que quiso cambiar el mundo”, que quería “darlo todo”, que estaba incluso dispuesta a “hacer cualquier cosa» por sus propios ideales y que apostó por «una militancia agria, muy dura». “Sabíamos que nos podían matar”, insistió. Eran chicos y chicas “conscientes de que la militancia argentina era también una militancia que había elegido la lucha armada”, aunque —como ha recordado el historiador Gennaro Carotenuto— se calcula que solo mil quinientos de los treinta mil desaparecidos y desaparecidas —más del ochenta por ciento de ellos, de entre dieciséis y treinta y cuatro años— eran realmente guerrilleros: apenas el cinco por ciento (en el caso del CNBA, es probable incluso que ese porcentaje fuese mayor). El objetivo era “eliminar a la parte contestataria de la sociedad”, empezando, cómo no, por la clase trabajadora: “**Todos los demás eran activistas sociales, periodistas, estudiantes, sindicalistas, profesores, abogados, religiosos (más de un centenar)... y el treinta por ciento eran mujeres**”.»

Las dos últimas comunicaciones de Franca

«Las últimas llamadas telefónicas que abren la puerta de esta realidad paralela de la desaparición forzada son dos. El prelude tiene lugar poco antes, cuando Franca habla en persona, largo y tendido, con su mejor amiga, Diana. Se encuentra en la clandestinidad, no ha regresado al Colegio Nacional de Buenos Aires (CNBA) desde que la expulsaron. Y pide una ayuda que Diana no puede brindarle. Porque también su vida pende de un hilo. **La primera de esas dos últimas llamadas telefónicas se produce el mismo día del secuestro: el viernes 25 de junio de 1976 Franca se pone en contacto con su novio, Enrique [...].** Ahora lo llama desde una cabina telefónica o desde algún local para avisarle de que ha perdido su documentación, probablemente en algún autobús (en un “colectivo”), y que va a intentar acercarse a la estación terminal para recuperarla. **La última llamada, finalmente, tiene lugar dieciséis días más tarde, cuando Franca, secuestrada en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), telefonea a su casa.»**

«Hay una clamorosa pista falsa en esa conversación telefónica. Se trata del lugar en el que ella afirma estar: **Seguridad Federal**. Durante casi siete años Giorgio y Vera darán crédito a este dato antes de poder acceder al fin a un primer fragmento de verdad. Este será el único indicio concreto del que dispondrán en ese tiempo, pero **en realidad Franca se encontraba a poco más de tres kilómetros de su casa, en la ESMA, y probablemente lo sabía. Y solo saldría de allí para ser asesinada. En cualquier caso, para quien lleva dieciséis días andando a tientas en la oscuridad, el impacto de la llamada es indescriptible: saber que está viva.»**

Secuestrada

«El contexto en el que Franca es secuestrada el 25 de junio de 1976 es el de una “caída colectiva” del “grupo de prensa” de los Montoneros. [...] Pero no se trata de una desafortunada coincidencia: está en marcha una operación militar a lo grande —una operación política, con todo lo que eso implica—, mediante la que se pretende aniquilar a una agrupación que está dando —y seguiría dando— muchos quebraderos de cabeza a la dictadura. Tanto es así que el material incautado se traslada a la ESMA y se convierte en una valiosa herramienta para el grupo de tareas.»

«En la noche del viernes 25 de junio, mientras Diana se escapa a casa del padre de Laura Weinschelbaum, **Franca entra por la puerta principal de la Escuela de Mecánica de la Armada, en la avenida del Libertador, quizá dentro del maletero de alguno de aquellos dos Ford Falcon sin matrícula.** Delante del Casino de Oficiales hay una escuela —a la derecha; se trata de la Escuela Técnica Raggio— y una fábrica de la casa Gillette —a la izquierda—; no lejos de allí, un estadio. También así se expande el terror dentro de una sociedad: la idea es “ocultar mostrando”, como intuye la politóloga Pilar Calveiro, también ella secuestrada, aunque superviviente.»

«Sobre sus cabezas, de vez en cuando, el zumbido de un avión. **Con toda probabilidad, a Franca la conducen directamente al Sótano, la sala subterránea que se empleaba para la tortura. Era lo habitual.»**

Las celdas del horror

«En la Capucha, en la tercera y última planta del edificio, se exponen hoy las esposas que se utilizaban en aquella época y asistimos con temor a la representación, a tamaño real, de una “cucha” o celda en la que mantenían a los presos, acompañada de la particular visión de Luis Alberto Vázquez, que estuvo secuestrado durante diez días en octubre de 1976 y, para denunciar estas prácticas, las reprodujo en dibujos muy detallados tan pronto como salió de allí. Es una imagen que permite hacerse una somera idea de las condiciones en las que tuvo lugar el primer momento de “reposo” para gente como Franca y Hernán Daniel. **A su alrededor oían a las ratas caminando entre las vigas. A nuestro alrededor resuenan las voces de los testigos del Juicio a las Juntas, de 1985; es la “banda sonora” de la visita: Impresiona ver estas cucas. Entre sesenta y setenta centímetros de anchura. Como un ataúd.»**

«**Los presos duermen con capuchas y grilletes en el suelo**, de cemento, dentro de cubículos individuales “separados entre sí por tabiques de aglomerado de un metro de altura”, leo en *Ese infierno*, una obra fundamental. Hay guardias armados por todas partes, pero **las personas secuestradas no consiguen en ningún momento verles la cara a sus represores** — salvo en escasas excepciones, en las que lo logran en secreto y corriendo un enorme peligro, **ya que siempre llevan la capucha**. Elisa Tokar llegaría un año más tarde, pero oyó contar que **en 1976 “todo el mundo tenía la bala [una bola de hierro, similar a una bala de cañón]. Había tanta gente, que los tenían de pie y sujetos a la bala. Incluso había varios atados a una misma bala**. Cuentan que en Capucha estaban todos con esposas y sujetos a un caño, arriba, con los brazos levantados, y abajo, en el piso, atados a la bala”. “¡Va paquete!», gritaban los torturadores cuando conducían a sus víctimas a la Capucha. Y el proceso continúa.»

«Además del tintineo de las cadenas de los “paquetes”, **la música y los gritos que no cesan ni de día ni de noche**, en la Capucha se oye el ruido de los aviones y el del tráfico de la avenida del Libertador. De hecho, hubo quienes, a partir de estos sonidos que llegaban desde el exterior, trataron de averiguar en qué lugar se encontraban e incluso alguno comprendió que se hallaban en la Escuela de Mecánica de la Armada. **Pero hablar estaba prohibido. Las ventanas están bloqueadas y quienes se encuentran en el exterior no pueden oír lo que ocurre en este lugar** —y, por lo general, tampoco están interesados en hacerlo, es aquello del “por algo será”—; un lugar en el que entran y del que salen continuamente vehículos Ford Falcon cargados de hombres armados vestidos de paisano. **Si calculamos una media brutalmente matemática y la extendemos de manera uniforme por todo el periodo de**

actividad de la ESMA, descubriremos que solo en aquel lugar se produjeron dos secuestros al día a lo largo de siete años, sin pausas durante los fines de semana.»

« Lo más probable es que, después de la primera “sesión” de tortura, a la que llegó encadenada y encapuchada, Franca pasase del Sótano —los represores llamaban a su parte central la “avenida de la felicidad”— a la tercera planta, a Capucha, donde se encuentran los presos y presas.»

«En la buhardilla, denominada “Capuchita”, se tortura también a adolescentes, a mujeres y a hombres, y aquí participan de buena gana el resto de las fuerzas armadas: la represión no es ni mucho menos patrimonio exclusivo de los marinos del nuevo Perón».

«Las salas de tortura incluyen una toma de corriente para aplicar la picana eléctrica (una herramienta que se utiliza en la pampa para el ganado), un catre metálico al que se ata a la persona secuestrada y una silla para el torturador. El Sótano se ilumina con tubos de neón y es habitual que el “Tigre” Acosta esté presente. Las descargas de 125 y 250 voltios son terribles —señala Labayru que es “una especie de viaje al fin de la noche”—, pero no se trata del único instrumento que los marinos utilizan para torturar.»

«Cada martes, en el Salón Dorado —una antigua sala de conferencias situada por encima del Sótano, donde hoy se muestran los rostros y las historias de los asesinos— se decide cuál será el destino de las personas que han desaparecido de la sociedad. No se sabe con certeza, pero es posible que la letra “D” fuese el símbolo de “detención” (es decir, de quienes debían seguir secuestrados por el momento), la “L”, el de “liberación”, y la “T”, el de “traslado”. Eufemismos de vida y muerte. “Blanco”: objetivo que había que secuestrar. “Paquete”: secuestrado. “Mandar para arriba”: asesinar. A continuación, se llamaba de viva voz a los elegidos desde la puerta de Capucha, identificándolos por su número: 216, 219... Todos en fila, encadenados, bajando las escaleras hasta el Sótano, que es el principio y el final de esta historia de cautiverio y “doble” desaparición: una desaparición en el momento del secuestro, para el mundo exterior, y otra desaparición en el momento del vuelo, para el microcosmos de la ESMA.»

«Después, fuera del Sótano les espera un camión militar y los marinos, antes de conducir a sus víctimas al aire libre, les aplican una inyección de Pentothal. Como cuenta la guía de la ESMA el día de la conmemoración de marzo de 2004, les decían: “Te vamos a dar un cóctel de vitaminas porque estás débil”. Y, a continuación, al Aeroparque, justo al lado, o bien a El Palomar. Y, finalmente, abajo, para que no quede nada de ese cuerpo, de esa vida.»

«Es ella, Marta, quien, entre finales de 1999 y los primeros meses del año 2000, le confiesa a Vera que vio a su hija entera. La última mirada que se posó suavemente sobre la joven Franca fue la suya.»

«"Vamos a salir hechas unas modelos porque no comemos nada y vamos a estar muy delgadas", le dijo en su última charla una Franca puesta a dura prueba, pero aún sonriente: "No perdió el sentido del humor", me asegura Marta, y añade más adelante: «Franca era decidida, era... bueno... era un encanto de persona, un encanto de persona [...] Era una persona franca, hacía honor a su nombre". Vera siempre cuenta este episodio con una sonrisa que desgarrar el corazón. **Marta y Franca rieron en la ESMA. Es una imagen maravillosa y precaria de sororidad, de amistad, de vida.** "Uno no deja de estar vivo en esos lugares", observa sabiamente Labayru, que, como Marta, fue una testigo crucial para la causa ESMA.»

Las mujeres, objetivo especial de los torturadores

« [...]Las mujeres jóvenes eran un objetivo especial en aquellos tiempos de oscuridad, en los que su participación política, su militancia y, llegado el caso, su apuesta por la lucha armada rompían los esquemas patriarcales de los militares y sus cómplices: *Putas y guerrilleras* es el provocador título del libro de Olga Wornat y Miriam Lewin, ambas antiguas militantes de los Montoneros y la segunda de ellas, superviviente de la ESMA. "La naturalización de la violencia sexual ejercida sobre las prisioneras era general por parte de todos los miembros de las Fuerzas Armadas y de seguridad", leemos en esa obra. Y quienes se oponían a ella —alguno había— se consideraban "chapados a la antigua". La violencia sexual contra las mujeres en los centros clandestinos de detención lleva implícito un mensaje que no está dirigido únicamente hacia ellas. **La violación y el abuso en sus diferentes formas son actos terroristas cometidos desde el aparato estatal con el objeto de sembrar miedo indiscriminadamente.** [...] **El terrorismo sexual es un arma de guerra con varias funciones**».

«"Daba la impresión de que deliraban: hablaban de guerra santa, de la necesidad de moralizar a la sociedad, se proclamaban salvadores de la patria, pero, al mismo tiempo, violaban y torturaban", le cuenta una antigua presa política a Norma Berti, que denuncia cómo "las estructuras sexistas que oprimen a las mujeres y las estructuras políticas del autoritarismo constituyen las dos caras de una misma moneda": **para los militares —y para sus cómplices— "éramos monstruosas e inquietantes porque queríamos subvertir el "sagrado orden de la naturaleza"»,** y si las mujeres asumían semejante protagonismo —**añade otra superviviente—, cabía la posibilidad de que los esquemas tradicionales saltasen por los aires:** "Nuestro ejemplo podía ser imitado por sus mujeres: hermanas, esposas e hijas. Serían precisamente algunas de estas hijas, como cuenta la socióloga Verónica Gago en *La potencia feminista*. O el deseo de cambiarlo todo, las que "saldrían del armario" al unirse a *Ni Una Menos* —un movimiento que nació precisamente en Argentina— en 2017 y al renegar así de sus propios padres. [...] **Eran también —y por encima de todo— este mundo**

y todas sus conexiones económico-sociales de dominio violento (masculino) aquello contra lo que Franca, movida por un irrefrenable impulso idealista, decidió combatir.»

Inicio de una búsqueda desesperada

«Y eso, a pesar de las dos terroríficas respuestas que recibieron en los primeros meses y que Vera ha descrito en varias ocasiones, incluso en el juicio de la megacausa. **Se trata de dos episodios distintos sucedidos durante aquella especie de “rito” por el que una vez al mes los militares tenían a bien recibir a los familiares en una “oficina” dentro de la Casa Rosada,** en el Ministerio del Interior (concretamente, en la dirección Balcarce, 26, según se lee en el sumario de los procedimientos).

La primera de ellas:

“¿Su hija es una linda chica, sí?”, le pregunta el oficial de turno después de informarse sobre la edad de Franca. A continuación, especula con la hipótesis de que haya acabado en la «trata de blancas». «Sí, es linda», responde Vera. **“Oh, entonces, señora: secuestran a estas chicas lindas y se las llevan a otro país a ser prostituidas. Así me contestaron, textual”, recordaría Vera.**

La segunda:

“¡Pero señora, no se preocupe tanto! ¡Haga de cuenta que su hija está de vacaciones!”.»

Las Madres de la Plaza de Mayo, “las Locas”



«[...]Sábado, 30 de abril de 1977, 15.30 horas: **las catorce primeras Madres, rebautizadas inmediatamente como «las Locas», se encuentran en la plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada, la sede del poder. Comienzan su batalla.** Exigen respuestas y buscan a sus hijos e hijas. Nace así un movimiento que hará historia. A partir del mes de octubre, se pondrán en la cabeza un pañuelo blanco para reconocerse entre ellas y recordar que han criado a sus

hijos e hijas desde que apenas eran unos recién nacidos. Como las asambleas públicas están prohibidas, pronto empiezan a caminar porque les ordenan que sigan circulando. Y lo hacen en silencio: “Juntas podemos llegar a hacer algo, separadas nada”.»

La larga lucha por la justicia

Era Alfonsín

«El anuncio de Alfonsín, que promete procesar a las “tres primeras Juntas (nueve personas!)” indigna a Giorgio, que se refiere a ellas como un “chivo expiatorio”, pero no porque crea que se deba absolver a sus miembros, sino porque **está convencido de que a “los que ejecutaron las órdenes (es decir, secuestraron, violaron, torturaron, asesinaron, arrojaron al mar, chantajearon a las familias, desvalijaron las arcas, etc.) ”no se les juzgará “porque, sencillamente, mantuvieron la “obediencia debida”».**

«Un año más tarde, el 9 de diciembre de 1985, termina el Juicio a las Juntas, después de 78 vistas y 883 declaraciones. **A Videla y a Massera se los condena a cadena perpetua; a Agosti le corresponden cuatro años de cárcel; a Viola, diecisiete, y a Lambruschini, ocho. El resto de los acusados son absueltos.** Aunque entre los delitos que se les imputaban no estaba el de la desaparición forzada porque no se contemplaba como delito en el Código Penal argentino, en su punto 30 la sentencia ordena que se sigan investigando los secuestros, las torturas y los homicidios y se determine la cadena de responsabilidades hasta llegar a los niveles inferiores. [...] El 24 de diciembre de 1986 se decreta la ley de punto final, seguida, menos de seis meses después, de la ley de obediencia debida. Ambas **paralizan las investigaciones** y, en la práctica, la segunda justifica todos los crímenes cometidos en los años del terrorismo de Estado, basándose en el viejo principio del respeto a la jerarquía que invocaron ya los nazis en los juicios de Núremberg. **Tras un nuevo intento de golpe de Estado, se llega a un acuerdo con los militares: el presidente Alfonsín permite que solo sigan en la cárcel los miembros de las Juntas que ya han sido condenados.** Vera califica la propuesta de punto final de Alfonsín de “duro golpe”. Durísimo.»

Los indultos promovidos por Menem

«El contexto sigue siendo el de las vergonzosas “leyes de la impunidad», a las que **en 1989 y 1990 se añaden una serie de decretos de indulto, promovidos por el presidente Menem, que, con el pretexto de la “reconciliación nacional”, relanza la teoría conocida como “teoría de los dos demonios”, que en la práctica justifica el terrorismo de Estado por la existencia de la guerrilla y por el clima de tensión social y violencia política** que precedió al golpe de Estado de 1976. Esta teoría supone, como escribe Norma Berti, que se puede “reivindicar a las víctimas, pero solo a las inocentes, dando por sentado que la presunta culpabilidad de las demás explica o incluso justifica la existencia de los campos de concentración clandestinos”.»

Las confesiones de Scilingo

«Sin embargo, el “muro de silencio” demuestra que no es inquebrantable. [...] **Scilingo ha abierto la caja de Pandora al empezar a contar cosas.** Se podrían escribir ríos de tinta para analizar el significado de aquella confirmación del ex capitán de corbeta y su credibilidad: las “reaparecidas” de ese infierno, por ejemplo, se muestran escépticas, y Miriam Lewin se refiere al militar como “un gran fabulador”. [...] Sin embargo, **“la difusión de sus palabras tuvo un efecto eléctrico, que recorrió cada célula de la sociedad”**, como podemos leer en *El vuelo*, de Verbitsky, publicado el 2 de marzo de 1995. “La Argentina despertaba a la peor de las pesadillas. **Scilingo no dijo nada que no se supiera, pero la palabra de uno de los verdugos admitiendo sus crímenes en primera persona tuvo un impacto extraordinario**, como si hubiera sido necesaria la exhibición de su alma atormentada para que, definitivamente, dejaran de existir dos historias, para que **el relato de las víctimas dejara de ser el de los parias y los locos y se convirtiera en el sentido común de la sociedad.**”»

Detención de Scilingo a cargo del juez Baltasar Garzón

«**En octubre de 1997, el juez Baltasar Garzón ordenó detener a Scilingo y a una decena de militares de la Armada Argentina**, aunque posteriormente el radio de actuación del proceso iría creciendo exponencialmente. **Ocho años después llegaría la primera condena de Scilingo: seiscientos cuarenta años de cárcel.** En los años posteriores, los procesos en el extranjero mantendrán viva la esperanza de que sea posible superar la impunidad. Además, **a partir de finales de 1996 comenzaron los escraches, una forma de protesta pacífica que denuncia la tranquilidad con la que los represores no castigados viven en su día a día.** En un manifiesto de aquellos años aparece impreso un plano de Buenos Aires bajo el título “Aquí viven genocidas” y un bocadillo donde puede leerse “Juicio y castigo”, en el que se indica el domicilio de personas como Massera, el “Tigre” Acosta o Whamond, que en la segunda mitad de la década de los noventa siguen libres, igual que decenas de responsables más. **Es en estos años cuando, gracias a las leyes de reparación, llegan los resarcimientos por lo ocurrido durante el terrorismo de Estado. También el de Vera, que, según me cuenta Dori, destina básicamente a dos asignaciones: la memoria, por una parte, y la ayuda a sus familiares necesitados.**»

Reconocimiento de crímenes de lesa humanidad

«Después de que **el juez federal Gabriel Cavallo declare inconstitucionales las leyes de la impunidad por ser contrarias al derecho nacional**, entre agosto y septiembre de 2003, bajo el Gobierno de Néstor Kirchner, el Senado argentino anula la ley del punto final y la de la obediencia debida. La Corte Suprema da su visto bueno a esta resolución el 14 de junio de 2005 y desde ese momento los crímenes de lesa humanidad pasan a ser competencia de la justicia federal. **En los veinte años que han transcurrido desde esta histórica confirmación hasta el momento en que escribo este libro, se han celebrado 324 procesos que han permitido condenar a 1.181 represores.**»

Juzgados en Italia

«La sentencia se hace pública el 14 de marzo de 2007, a las 16.56 horas, y dos años más tarde se ratifica en las instancias de apelación, hasta llegar al Tribunal Supremo de Italia. Los cinco imputados son condenados en rebeldía a cadena perpetua: se trata del “Tigre” Acosta, el “Ángel de la Muerte” Astiz y tres marinos, Jorge Raúl Vildoza, Antonio Vanek y Héctor Antonio Febres. El material utilizado en aquellos procesos se envía al otro lado del Atlántico, donde consigue un efecto que va más allá de lo meramente simbólico: las conclusiones de la justicia italiana tendrán un “impacto explosivo en Argentina”.»

El triunfo de las Abuelas y las Madres de la Plaza de Mayo

«En julio de 2012, el propio Videla —que dos años antes fue condenado a cadena perpetua por la muerte de numerosos presos— recibe en el marco de un histórico proceso una sentencia a cincuenta años de cárcel por la planificación sistemática del secuestro de los hijos de los desaparecidos y desaparecidas. Al “Tigre” Acosta y a los demás imputados se les imponen penas de treinta años de cárcel. Por más que se haya tardado, la lucha de las Abuelas y las Madres llega al fin a una meta crucial [...] Pocos días antes Videla ha muerto en la cárcel y ella reacciona comentando: “Ha muerto donde tenía que morir”.»

Identificación de las víctimas

«No obstante, habría que esperar hasta 2005 para que los antropólogos forenses identificaran varios cuerpos y se obtuviese al fin la prueba irrefutable de su existencia. En la época en la que el militar “arrepentido” fue condenado a seiscientos cuarenta años de cárcel, Miriam Lewin acompaña al fotógrafo italiano Giancarlo Ceraudo en la búsqueda de los aeroplanos, porque “si había vuelos de la muerte, tenía que haber también aviones”. Y encontraron uno.»

«En el trigésimo aniversario del golpe de Estado son ya 85 los nietos robados que se han conseguido localizar, pero aún faltan cientos de ellos (al menos Franca no tuvo tiempo de ver este horror dentro del horror, pienso).»

Palabras de consuelo para una madre

«Que yo sepa, en las dos últimas décadas Vera ha sostenido prácticamente en todas sus intervenciones públicas, excepto en sus declaraciones ante los tribunales, que no conoció la verdad acerca de la suerte que corrió Franca hasta más de veinte años después de su desaparición, es decir, hasta después de 1996. Se refiere, como cuenta a menudo de una manera conmovedora, al encuentro con Marta Remedios Álvarez, que, en efecto, fue una de las últimas personas que vio a Franca con vida —esposada y con grilletes en los pies, tal vez incluso con la cabeza cubierta por una capucha— y una de las primeras en asumir el peso de tener una presencia pública. [...] Este encuentro es fundamental en la larga lucha de Vera por conocer la verdad acerca de su hija, porque proporciona una dimensión de inesperada

humanidad a una búsqueda que durante más de veinte años fue brutal y cínicamente burocrática.»

«Jueves 9 de noviembre de 2006: cinco meses después del inicio de la vista oral, en su declaración en calidad de testigo, **Vera manifiesta públicamente su eterna gratitud hacia Marta —que a su vez declarará en enero— por haberle confirmado que había visto a su hija en la ESMA y que “estaba entera”**. A continuación, añadiría: “A mediados de julio entraron en aquel lugar centenares y centenares de nuevos prisioneros. Se necesitaba espacio, así que a buena parte de los presos se los mató con aquellos terribles —permítanme decirlo— vuelos de la muerte...”. Y llora.»

Luchar por la verdad y la justicia

«La memoria es lucha —medio siglo de lucha por la verdad y la justicia—, es el motivo de la mitad de una existencia, es pura vida. Para ella, para todas las Madres y para cualquier familiar, la memoria es todo esto. Y qué: pues que entonces llega la historia, que es lo que yo he intentado hacer aquí. **“Mi alma está en paz, pero ha sido duro”, me confesó Vera el 14 de septiembre de 2024, pocas semanas antes de convertirse al fin, a la edad de noventa y seis años, en ciudadana argentina.**»

La caída libre con la que comenzó todo

«Durante una caída libre, lo que sentimos en un primer momento nosotros, los seres humanos, es una ausencia de gravedad. Sin embargo, en los dos o tres últimos segundos el movimiento alcanza la velocidad terminal —ciento noventa kilómetros por hora, doscientos si no hay ropa—, siempre y cuando no se haya producido antes el impacto. **Porque a veces os lanzaban atados a piedras o a bloques de cemento para borrar también las pruebas de vuestra existencia, dado que estos objetos, con más densidad que el cuerpo humano, aceleraban la caída.** Además, cuando el cemento se fijaba a los pies, incluso mejoraba la aerodinámica: con un bloque en forma esférica de unos cincuenta kilos, por ejemplo, se podía doblar fácilmente la velocidad terminal, de modo que el tiempo total de “vuelo” se reducía prácticamente a la mitad. Por tanto, si aquello no había ocurrido unas decenas de segundos antes, ese miércoles indeterminado —¿de julio o de agosto de 1976?— **tu cuerpo se rompe y desaparece en las aguas, inocentes ante aquella atrocidad. Así empieza toda la historia que acabamos de recorrer: décadas de lucha por la verdad y por la justicia.** Y por tu memoria, Franca.»

«Hemos recurrido al mar, porque nosotros somos marinos», declaró Astiz, el “Ángel de la Muerte”. **Y lo que queda de los cuerpos que impactan contra el agua convertida “en una superficie de acero” al final “las orcas se [lo] comen”.** Es la antítesis de la esperanza de **poder encontrar al fin tu cuerpo.** Pero en esto vuestros asesinos se equivocaban. Y también tu madre, Vera, se equivoca.»

«Basta con seguir la intuición que expresó Luis Bernardo, uno de los fundadores, junto con Maco, del Equipo Argentino de Antropología Forense, **después de haber localizado mil doscientos cadáveres, de los que se han identificado seiscientos veinte**: “El esqueleto unido, una vez que se termina la descomposición, si es que el esqueleto no es modificado por acciones de animales o lluvia o la acción humana, puede estar cientos de años. Miles de años”.»

«Esta muerte no morirá, Franca. Porque seguiremos buscando, seguiremos buscándote a ti y buscándoos a todos vosotros, a todos los que desaparecisteis entonces y a los que seguís desapareciendo aún en los mares de esta tierra.»

«Lo que sabemos de ti hasta ahora, casi cincuenta años después de aquel 25 de junio de 1976, es una verdad imperfecta —incompleta—, pero es una verdad. Y, en cualquier caso, la búsqueda no acaba aquí: seguiremos conversando, interesándonos, tratando de comprender, por utilizar las palabras de uno de tus poemas, Julio. **El último rastro de este crimen, de esta blasfemia contra la humanidad, está en algún rincón del mundo, Franca.**»



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:
Erica Aspas (Responsable de Comunicación
Área Ensayo) M: 689 771 980
E: easpas@planeta.es